



Guía de lectura



DEBORAH FELDMAN

UNORTHODOX

Mi verdadera historia

NETFLIX

UNA SERIE
ORIGINAL DE
NETFLIX

Lumen

Penguin **Club de lectura**

LA OBRA

Devoireh es una joven de Brooklyn que quiere ser normal. Sin embargo, es una chica rara, incómoda, que lleva peluca y viste faldas largas. Es diferente del resto de las mujeres neoyorquinas, incluso de las mujeres judías. Devoireh pertenece a los Satmar, una comunidad jasídica ultraortodoxa que surgió tras la Segunda Guerra Mundial y que toma su nombre de una ciudad húngara en la frontera con Rumanía. Sus miembros se asentaron en Nueva York, donde viven en un gueto, ya que defienden que el Holocausto ocurrió por la asimilación y el sionismo. Creen que la única manera de evitar otro gran castigo es mediante un estilo de vida estricto, alejado de todo lo moderno y en el que la religión marca cada hora del día. Los Satmar son casi 120 000 en todo el mundo de los cuales 57 000 viven en Williamsburg, el barrio de Brooklyn. Allí reside la familia Feldman, que es algo disfuncional: Devoireh es criada por sus abuelos, Bubbi y Zeidy,

supervivientes del Holocausto, y por su tía Chaya, ya que su madre fue expulsada de la comunidad por algún motivo que permanece oculto y su padre era discapacitado mental. Esto le hace sentir aún más rara: ella vive en una burbuja, en una *shtetl*, diferente dentro de la diferencia.

Su vida, marcada de manera asfixiante por rituales religiosos y ajena a lo que pasa al otro lado del puente de Williamsburg, transcurre sin otro horizonte que el matrimonio. Pero Devoireh guarda libros en su habitación, aun sabiendo que la literatura le está prohibida; además, el inglés es impuro. Los Satmar hablan en yiddish, la lengua de los judíos askenazíes de Europa Central y del Este y sus descendientes. Su uso es otra manera de no asimilarse y de distinguirse de los gentiles. Gracias, en parte, a sus lecturas clandestinas, la protagonista comienza a cuestionarse el único mundo que conoce, un lugar en el que el guion está escri-

to desde el nacimiento a la muerte y en el que la libertad individual de la mujer no existe. *Las mujercitas* de Louisa May Alcott y los cuentos de Roald Dahl activan su fantasía y van sembrando una semilla de algo que ella ni siquiera se atreve a mirar de frente. Al fin y al cabo, Devoireh es una buena chica jasídica.

Su adolescencia transcurre entre el refugio en una vida que conoce y la certeza de que hay vida más allá de la ropa aburrida y los campamentos de verano en las montañas de Catskill, también aislados, en los que tan poco se divierte. «Dudo que pueda ser feliz hasta que sea independiente de verdad», escribe con la furia con la que lo haría Jo March, una de sus heroínas. Antes de comenzar el instituto ya tiene decidido que, tarde o temprano, huirá de su vida en Brooklyn. Es entonces cuando se atreve a tomar la línea J del metro y se escapa a Manhattan, se pierde entre las estanterías de Barnes & Noble y termina comprando un ejemplar de *Orgullo y prejuicio*. Durante este período comienza a vislumbrar que puede ser una mujer con dinero propio, como sus profesoras de literatura. Un día, el 11 de septiembre de 2001, ocurren los atentados de las Torres Gemelas. La familia de Devoireh no se entera del drama hasta muchas horas después. Nada altera la vida de los Satmar.

A los 17 años se concierta su boda con Eli, un joven tan inexperto como ella y sometido a la voluntad de las mujeres de su familia. Ante de casarse, Devoireh ha estado con él a solas un total de treinta minutos. Ella entiende su matrimonio como un pasaporte para ampliar su universo e ir tomando las riendas de su vida

y espera que le permita conocer lugares que sólo conoce por los libros. Sin embargo, la realidad es más prosaica. En ese momento entra en escena la figura de la profesora de *kalá*, una mujer que tiene que aleccionar a una virgen Devoireh sobre los rudimentos de la vida de casada. El ritual de preparación al matrimonio se convierte en una experiencia traumática para ella, que carece de la mínima educación sexual y que ha vivido toda su vida de espaldas a su cuerpo y el placer. Debe aprender cómo procrear, uno de los mandamientos de su religión, que tienen como misión repoblar el mundo como respuesta al Holocausto nazi. Está destinada, como las mujeres de la comunidad, a tener una media de ocho hijos; según los Satmar es su «venganza definitiva contra Hitler». Pero Devoireh aún no sabía que su destino sería otro y que sería ella misma quien lo iba a diseñar.

Tras la boda, la pareja se instala en un piso en el barrio; los jasídicos, pese a ser una de las comunidades judías más pobres y con menos formación, hicieron negocios inmobiliarios en Williamsburg (se dice que no siempre legales) que fueron muy ventajosos gracias a la gentrificación del barrio a finales del siglo xx. Allí comienza un matrimonio desastroso marcado por la incapacidad de mantener relaciones sexuales para que ella se quede embarazada; en esa comunidad, la infertilidad es la gran desgracia. Eli está dominado por su madre y hermana que confiscan cada detalle de su vida íntima. Tras un vía crucis de médicos y meses de frustración logran consumar el matrimonio, hecho que se hace público en la comunidad. Devoireh, en ese momento, ya es

una persona oficialmente infeliz. Sin embargo, el nuevo estatus de mujer casada le permite ciertas libertades, como estudiar, algo que será su salvoconducto para lograr un trabajo. Las mujeres jasídicas, al no dedicar tanto tiempo como los hombres al estudio de los textos sagrados, pueden recibir una mínima, aunque insuficiente, formación laica. La educación es la grieta por la que se va colando su, cada más urgente, independencia.

Cuando Devoireh se queda embarazada se muda con su marido y su hijo a Airmont, un pueblo del estado de Nueva York. Logra ser admitida en el prestigioso Sarah Lawrence College. Ella, que soñaba con acudir, un día, a clase con vaqueros y una chaqueta de J. Crew, va dando pasos que la alejan de su comunidad, como sacarse el carnet de conducir o quitarse la peluca en clase. Se escapa a Manhattan con su ropa anacrónica con su amiga Polly, que le va abriendo las puertas de sensaciones y gestos que siempre veía en otras personas. Allí prueba el ceviche, el carpaccio, y termina viendo una película de Sean Penn. Un día, se compra unos vaqueros que sólo puede usar de manera clandestina. El mundo se está desplegando ante ella.

El nacimiento de su hijo, Yitzi, a los 19 años, es el detonante que la empuja a buscar la libertad para ambos. «¿Cómo voy a condenar a mi hijo a una vida llena de limitaciones y carente de aspiraciones?», escribe. Apoyada por profesores y compañeros del Sarah Lawrence comienza a fraguar su plan de huida, que implica también abandonar a su marido. Para entonces Devoireh ya escribe de manera regular (y escondida) y es la autora de un

blog llamado «Feminista jasídí». Cuando su hijo tiene tres años, en 2009, un día da el gran paso. Cambia su dirección y su número de teléfono y se va a Manhattan sin mirar atrás. Por fin, Devoireh es una chica normal que quiere olvidar que un día fue diferente.

Unorthodox fue un libro escandaloso cuando se publicó en 2012 porque sacudió los cimientos de la comunidad jasídica, de la que pocos se atreven a renegar. En esta ocasión, la rebelde era una mujer y, además, se lo había contado al mundo. El libro fue el catalizador de un movimiento subterráneo de personas que se sentían identificadas con el proceso de transición de Feldman.

Esta autobiografía tiene una doble lectura, la historia del viaje interior de una mujer y la exploración de una cultura aislada y sofocante a la que, sin embargo, la escritora nunca carga de exotismo. El libro es también un ejercicio de aceptación del pasado, un reclamo de la voz propia de toda mujer y un agradecimiento a la literatura como llave de la libertad.

El estreno, en marzo de 2020, de la miniserie de Netflix del mismo nombre, extendió el mensaje del libro. Muchos espectadores se asomaron, en pleno confinamiento, por una mirilla que daba acceso a un mundo desconocido. Gracias a su protagonista, Esty, el *alter ego* de Deborah Feldman, se puede acceder a rituales, comidas, interiores y costumbres que no suelen encontrar sitio en la ficción. Hoy, Feldman viaja por todo el mundo compartiendo su peripecia y colaborando con colectivos de judíos jasídicos que abandonan la comunidad para iniciar una nueva vida.

EXTRACTOS

«El Sucot es una festividad larga, pero en medio tiene cuatro días que son muy poco ceremoniosos. No hay leyes que prohíban conducir o gastar dinero en esos días, que se llaman Jol Hamoed y suelen transcurrir como cualquier otro día de la semana, solo que no se permite trabajar, y por eso la mayoría de la gente sale de excursión en familia. Mis primos siempre hacen algo en Jol Hamoed, así que seguro que acabaré yendo a algún sitio con alguno de ellos. El año pasado estuvimos en Coney Island. Este año, Mimi dice que iremos a patinar sobre hielo en el parque.

Mimi es una de las pocas primas que es simpática conmigo. Creo que se debe a que sus padres están divorciados. Su madre se casó con otro hombre que no es de nuestra familia, pero Mimi sigue viniendo mucho a casa de Bubby para ver a su padre, mi tío Sinai. A veces pienso

que nuestra familia se divide en dos, y que la gente con problemas está a un lado, y la gente perfecta, al otro. Solo hablan conmigo los que tienen problemas. No importa, con Mimi me lo paso muy bien. Ya está en secundaria y puede desplazarse sin necesidad de compañía, también se seca la melena color miel con secador e incluso se la ondula.

Después de dos días muy ajetreados ayudando a Bubby a servir las comidas de la festividad, llevando y trayendo bandejas cargadas de exquisiteces de la cocina a la *sucá*, hoy por fin es Jol Hamoed. Mimi vendrá a buscarme esta mañana. Ya estoy vestida y preparada. He seguido sus instrucciones al pie de la letra: medias tupidas con un par de calcetines encima, un jersey grueso sobre la blusa para abrigarme bien, mitones en las manos y también un gorro. Me siento abultada y torpe, pero bien equipada. Mimi lleva

un abrigo de lana color carbón muy estiloso, con el cuello de terciopelo y guantes a juego, y siento celos de su elegancia. Yo parezco un espantajo, el peso de los mitones tira cómicamente de mis brazos hacia el suelo.» (p. 31)

«También yo tengo secretos. A lo mejor Bubby los conoce, pero no dirá nada de los míos si yo no digo nada de los suyos. Tal vez solo haya imaginado su complicidad; también existe la posibilidad de que ese acuerdo sea unilateral. ¿Me delataría Bubby? Yo escondo mis libros debajo del colchón, ella el suyo entre la ropa interior, y una vez al año, cuando Zeidy inspecciona la casa por Pascua y toquetea nuestras cosas, las dos rondamos inquietas con miedo a que nos descubra. Zeidy revuelve incluso el cajón de mi ropa interior. Solo desiste cuando le digo que ahí guardo mis artículos íntimos femeninos, porque no quiere invadir la intimidad de una mujer, y entonces sigue con el armario de la abuela. Ella se pone tan a la defensiva como yo cuando le registra la ropa interior. Ambas sabemos que nuestro pequeño alijo de libros laicos escandalizaría a mi abuelo más de lo que lo haría un montón de *jametz*. Bubby quizá se llevaría una reprimenda y nada más, pero yo no me libraría de toda la ira de mi abuelo. Cuando mi *zeide* se enfada, parece que su larga barba blanca se eleve y se expanda alrededor de su cara como una llama furiosa. El ardor de su desprecio me consume al instante.

“Der túmene shpraj!” vocifera cuando me oye hablar con mis primos en inglés. Ese “idioma impuro”, según Zeidy, que actúa como un veneno para el alma.

Leer un libro en inglés es aún peor: vuelve el espíritu vulnerable, como un felpudo de bienvenida para el demonio.» (pp. 47-48)

«Rachel se mira en el espejo que queda detrás de mí para recolocarse la peluca de color caramelo y apartarse el flequillo que le cae sobre el ojo izquierdo. Los largos, finos y huesudos dedos alisan con movimientos expertos esa parte de la peluca, cargadísima de laca. Rachel es la única de la familia que lleva pelucas de cabello cien por cien natural, sin un solo pelo sintético, pese a que Zeidy siempre nos advierte de que una concesión lleva a otra. Nos exhorta a no seguir el camino traicionero del *pritzús*, de la promiscuidad, donde Satanás solo necesita que demos un paso en falso para arrastrarnos al abismo. Todos saben que Rachel es presumida, que se compra ropa de diseño en Saks y no en los saldos de Daffy, que modifica las pelucas para ir peinada a la última moda y que se maquilla a conciencia antes del *shabos* para que le dure hasta el día siguiente. Un día, incluso le oí susurrar a Chavie, su hermana, que había dejado de afeitarse la cabeza y que el pelo ya le había crecido casi diez centímetros. Tal vez Zeidy se refiere a eso cuando habla del camino del *pritzús*: es probable que Rachel decidiera dejarse el pelo largo después de llevar al límite su permisividad con las pelucas. Es difícil detenerse a medio camino, eso lo entiendo, pero aún lo es más que una mujer normal y corriente acoja con los brazos abiertos la solución que Zeidy plantea al problema: él querría que renunciáramos a toda vanidad, cosa poco realista.» (pp. 78-79)

«El verano es la época perfecta para las travesuras. Hago todo lo que me dicen que no haga. Me quedo en la litera en las horas de natación y me escondo en el baño cuando van a revisar los dormitorios por si alguien está escaqueándose. Detesto nadar con ese vestido de baño largo y azul que lleva estampada una palmera para recordarme que soy una chica satmar. Eso es lo que significa el apellido del rabino: etimológicamente, *Téitelbaum* procede de una antigua expresión alemana que significa “palmera datilera”. Su símbolo está por todas partes: en las cabañas, en los autobuses, en el papel de cartas y hasta en la ropa de baño. En cuanto el vestido se moja, se forman unas pesadas bolsas en la zona de las rodillas que me golpean las piernas a cada paso.

Algunas chicas se remangan los bajos y las mangas y se tumban en una toalla extendida sobre el cemento caliente para intentar aprovechar los pocos rayos de sol que caen en el recinto elevado de la zona de baño. Los altísimos muros de ladrillo proyectan sombras cerradas sobre casi la totalidad del área de la piscina. Todas están morenas a la segunda semana de campamento; todas menos yo, que al parecer no consigo convencer a ningún rayo para que dé un poco de color a mi piel blanquecina. Mientras que Layala cada día está más bronceada y ágil, lo único que puedo exhibir yo son unas rodillas llenas de rasguños y unas cuantas pecas en la nariz.» (pp. 113-114)

«Charlamos un poco más; básicamente, yo pregunto y él responde. Me habla de sus viajes: su padre lo ha llevado por gran parte de Europa a visitar los sepulcros de

rabinos famosos. Eli y sus nueve hermanos han atravesado el Viejo Continente apretujados en una furgoneta comercial, deteniéndose únicamente para rezar frente a las lápidas.

—¿Habéis ido a Europa y solo habéis visto tumbas? —pregunto, tratando de que mi voz no transmita desdén—. ¿No visteis nada más?

—Yo quería —asegura—, pero mi padre no nos lo permitió. De todas maneras, un día quiero volver solo y verla de verdad.

Me solidarizo con él de inmediato. Claro, la culpa es de su padre, un hombre de miras estrechas obsesionado con lo espiritual pero ajeno a la verdadera importancia de todo lo demás. Zeidy jamás haría una cosa así, llevar a sus hijos a Europa e impedirles hacer turismo. Siempre dice que el mundo fue creado para ser admirado en toda su gloria. Quizá Eli y yo podríamos ir juntos a Europa; siempre he querido viajar. Pensar que el matrimonio podría ser mi billete de avión hacia la libertad resulta súbitamente tentador.» (p. 192)

«Un nuevo escándalo salta en el peor momento posible. Los rabinos han impuesto una prohibición temporal a la venta de pelucas porque han descubierto que la mayoría del pelo que utilizan los peluqueros para fabricar los *shéitels* de las jasidíes casadas procede de la India, de templos donde las mujeres van a afeitarse la cabeza y a ofrendar su melena como sacrificio. Que las mujeres de la comunidad jasídica saquen algún provecho de la veneración de ídolos supone un horror inimaginable. Los rabinos afirman que

es obra del demonio, un castigo por la promiscuidad de nuestras mujeres. Las casadas van pavoneándose por ahí con maravillosas pelucas hechas con pelo auténtico y eso ha encolerizado a Dios, dicen, de manera que por culpa de su vanidad todos hemos sido engañados y seducidos por Satanás. Los periódicos en yiddish que llegan a nuestra puerta todas las mañanas contienen furiosos titulares y fotografías de rabinos agitando justificadamente los puños en las sinagogas de todo Brooklyn.

El tribunal rabínico establece que se acabó el uso del pelo humano. A partir de ahora solo podrán venderse y comprarse pelucas sintéticas. Hasta que la comunidad pueda determinar con seguridad que el pelo humano procede de una fuente fidedigna y no es resultado de la veneración a un ídolo, eso es todo lo que habrá.

Maldigo la aparición de esta nueva complicación justo antes de mi boda. ¿Por qué no podían haber esperado a después? Ahora, en lugar de regalarme lujosas pelucas sedosas como las de cualquier otra joven a punto de casarse, Zeidy solo me comprará pelucas sintéticas y baratas, de esas tan feas, con un brillo artificial que jamás pasaría por pelo auténtico y una vida útil de no más de seis meses. Cuando las pelucas vuelvan a ser *kósher*, será imposible que yo tenga dinero suficiente para comprármelas por mi cuenta. Una peluca de pelo auténtico cuesta como mínimo tres mil dólares.» (pp. 216-217)

«Hace tres años que me mudé a Airmont, y desde entonces la comunidad ha creci-

do. Antes solo estaba formada por un pequeño grupo de familias jasidíes que se habían trasladado desde lugares como Williamsburg y Kiryas Joel, donde el estilo de vida, demasiado rígido y extremista, les impedía ser felices. Solo unas cuantas parejas jóvenes, como nosotros: esposas que llevaban pelucas largas de cabello natural y faldas vaqueras, maridos que bebían cerveza y fumaban marihuana las noches de póquer. Lo que en Williamsburg se consideraba un «vago», aquí solo era un jasidí no practicante más de la creciente y diversa comunidad judía del condado de Rockland. La diferencia entre vivir en Airmont y vivir en Williamsburg es que, mientras no lo comentas, puedes saltarte las reglas. Siempre y cuando no llames la atención, eres libre de vivir como quieras en la intimidad de tu casa. Conduzco, me pinto de rojo las uñas de los pies, a veces me escabullo para ir al cine, pero en realidad nadie se fija en ti si vives en tu parcelita de tierra y no te metes donde no te llaman. Aun así, no es suficiente. Eli cree que, por mucha libertad que tenga, siempre encontraré algo de lo que quejarme. Cree que soy incapaz de ser feliz.

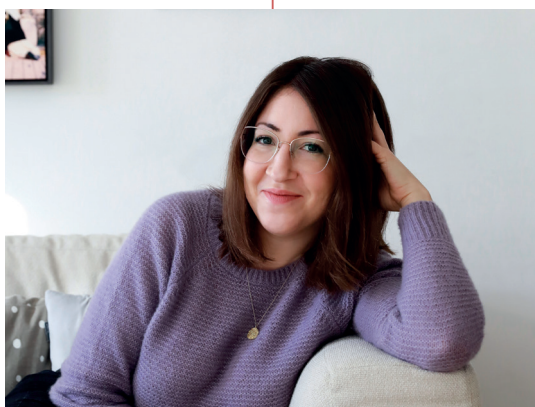
El problema es que cada vez que se levanta una restricción encuentro otra debajo, y eso no hace más que recordarme que hay cosas que nunca podré experimentar. No soporto la idea de pasar una vida entera en este planeta y no hacer todas las cosas que sueño hacer solo porque no me está permitido. Creo que esta clase de libertad nunca será suficiente hasta que lo incluya todo. Dudo que pueda ser feliz hasta que sea independiente de verdad.» (pp. 329-330)

PREGUNTAS PARA LA CONVERSACIÓN

1. Las protagonistas de los libros que Deborah leía de niña fueron sus primeras fuentes de inspiración, las primeras que le hicieron plantearse su propio potencial fuera de la comunidad. ¿Qué personajes literarios os han inspirado a vosotros?
2. De niña, con dos padres ausentes y un carácter franco y directo, a Deborah sistemáticamente le hacían sentirse diferente o «mala». ¿Cómo le transmitía la estructura de la cultura jasídica de Satmar esa lacra, y cómo consiguió eso subyugarla?
3. Cuando Deborah descubre que el rey David —una figura histórica reverenciada, la que se suponía infalible— es un asesino y un hipócrita, escribe: «En ese momento no soy consciente de ello, pero he perdido la inocencia. Lo sabré muchos años después». ¿Cuál es la línea entre la inocencia y la ignorancia deliberada? ¿Cómo cambió el curso de la vida de Deborah su capacidad y su voluntad de cuestionar la autoridad y pensar por sí misma?
4. La hermética comunidad de Satmar se ubica en las afueras de Nueva York, una de las ciudades racial, espiritual y culturalmente más diversas de Estados Unidos. ¿Cómo consiguen algunos aspectos del mundo exterior llegar a la conciencia de Deborah, y cómo creéis que esas fugaces visiones de la vida fuera de su aislada comunidad afectaron a su desarrollo?
5. Deborah describe las diferentes maneras en que la religión le imponía restricciones y obligaciones. Sin embargo, después del Holocausto, sus abuelos encontraron consuelo en la estricta comunidad jasídica. ¿Tenía la fuerte cohesión de su secta algún aspecto positivo?
6. ¿Cómo se vio afectada la vida de Deborah por las habladurías y el miedo al escrutinio de sus amigos y vecinos? ¿Cómo han afectado a vuestras propias vidas los juicios y las críticas de los demás?

7. ¿Hasta qué punto fueron Bubby y las tías de Deborah responsables de que no tuviera una vida feliz? ¿Cuánta libertad de decisión podían ejercer, teniendo en cuenta sus restricciones culturales?
8. Cuando llega el momento en que Deborah encuentra un marido, Zeidy, que siempre había sido muy tacaño, empieza a derrochar dinero. ¿Cómo choca ese materialismo desaforado con los valores de decoro y sencillez que imperan en su comunidad? ¿En qué se diferencia y en qué se parece esa clase de materialismo al que encontramos en la vida laica?
9. Comentad vuestra reacción ante el hecho de que la madre de Deborah huyera de la comunidad. ¿Hasta qué punto creéis que la vida de Deborah habría sido diferente si su madre no se hubiera marchado?
10. Aunque cuando conciertan su matrimonio ella tiene poco que decir al respecto, en un primer momento, Deborah considera sus inminentes nupcias como una oportunidad para conseguir más libertad. ¿Fue ingenua? ¿La coartó su matrimonio más aún que antes?
11. La descripción que hace Deborah de la *mikvá* es una de las más desgarradoras del libro. ¿Cómo pone de manifiesto su experiencia en el baño ritual las hipocresías más flagrantes de su religión?
12. ¿En qué sentido cambiaron las responsabilidades de Deborah cuando nació su hijo? ¿Qué creéis que la llevó finalmente a reunir el valor necesario para abandonar la comunidad?
13. Deborah escribe sobre los abusos que proliferan en la comunidad de Satmar: desde la enfermedad mental de su padre, que nadie le ayudó a tratar, hasta la pedofilia. Tras leer su relato de la vida en la religión jasídica de Satmar, ¿creéis que la comunidad será capaz de cambiar o reformarse algún día?

LA AUTORA



DEBORAH FELDMAN creció en el seno de una familia de la comunidad jasídica Satmar, que surgió tras la Segunda Guerra Mundial en el barrio de Williamsburg, en Brooklyn (Nueva York). Es autora de los libros de memorias *Unorthodox*, que

obtuvo un gran éxito de crítica y ventas y ha sido adaptado a una aclamada serie de televisión; *Exodus*, de próxima publicación en Lumen, y *Überbitten* ('Reconstrucción'). Actualmente vive en Berlín con su hijo.

Lumen

DECLARACIONES DE LA AUTORA

«Se espera que quienes tienen el descaro de salir de la comunidad se escabullan en silencio, y desaparezcan en el mundo subterráneo de la sociedad convencional. Especialmente si la rebelde es una mujer.»

«Siempre ha sido mi deseo que seamos conscientes de la existencia de diferentes comunidades y de que la gente está tratando de escapar y vivir en el mundo exterior.»

«Quería que el libro lograra algo más que mi libertad personal, quería que la gente ganara en comprensión y conocimiento, quería construir un puente entre ambos mundos, no sólo para que yo lo cruzara, sino también para que lo hicieran otras personas.»

«Buscaba que la gente se hiciera cargo de lo duro que puede ser todavía ser mujer: aunque algunas de las experiencias que narro en mi libro son extremas, creo que todas las mujeres pueden identificarse con la impotencia que sentí.»

«Yo amaba a la gente que me crió y el hecho de que fueran supervivientes del Holocausto me hizo sentir que mi sufrimiento no se podía comparar con el suyo y, por tanto, que no podía permitirme quejas.»

«Dejé la comunidad hace una década y publiqué el libro hace ocho años. Me con-

denaron, me amenazaron. Lo peor fue cuando recibí una carta de mi familia en la que decían que habían preparado mi tumba y estaban impacientes por bailar sobre ella. Me aconsejaron que me suicidara.»

«Había días en los que aceptaba ser parte de este mundo; me iba bastante bien. Sin embargo, muchas veces soñaba con otra vida. Yo era diferente, tenía muchas preguntas y deseos; deseos inaceptables para una joven de esta comunidad.»

«Esta historia se ha convertido ahora en parte de la narrativa pop. Está cambiando completamente la conversación cultural y expandiendo los horizontes de la misma. Como autora es fantástico trascender las fronteras tradicionales de la cultura y el lenguaje.»

Declaraciones extraídas de la entrevista a la autora para:

The Guardian (29 de agosto de 2010); Pen.org (1 de mayo de 2020); *Marie Claire France* (16 de abril de 2020); *Clarín* (17 de abril de 2020); *El Tiempo* (16 de mayo de 2020); *El País* (19 de abril de 2020); DW (televisión pública alemana, 29 de julio de 2016): <https://youtu.be/vvxzIX-SAPyw>; Simon & Schuster Reading Group Guide (2 de marzo de 2012): <https://www.youtube.com/watch?v=ReTPcfwLZw0>

LA CRÍTICA HA DICHO

«Un libro elocuente y atractivo. [...] Probablemente muchas chicas lo escondan bajo el colchón, lo lean con las luces apagadas y se planteen, tal vez por primera vez, su propia huida.»

Cristian Alarcón Casanova, *The Huffington Post*

«En ocasiones nos aislamos para huir de una agresión externa y protegernos, pero lo hacemos hasta tal extremo que luego necesitamos romper ese aislamiento para huir de una agresión interna. Es la lección clamorosa de *Unorthodox*, [que] nos sirve [...] para repensar las capas de encierros que afrontamos cada uno sin estado de alarma, los territorios en que cada uno somos ortodoxos al calor de una comunidad que espera tal comportamiento de nosotros a cambio de una idea de pertenencia. La idea entonces de ser “unorthodox” [...] es succulenta. Aca-so no es preciso romper con el dogma, la secta, la idea fija, la religión.»

Berna González Harbour, *El País*

«El estilo natural de Feldman oculta profundas reflexiones.»

The New York Times

«Unas memorias frescas, ácidas y absolutamente absorbentes.»

Library Journal

«Una historia de transición a la vida adulta memorable y llena de sensibilidad, en la línea del clásico de Betty Smith *Un árbol crece en Brooklyn*.»

Pittsburgh Post-Gazette

«De obligada lectura, *Unorthodox* logra conectar con cualquier persona que se haya sentido alguna vez un extraño en su propia vida. Feldman desnuda su alma con valentía.»

School Library Journal

«Primero como lectora y luego como escritora, Feldman logra reinventarse como ser humano.»

Newsday

«Dolorosamente bueno. [...]. Una escritora de gran talento y sensibilidad.»

JewishJournal.com

«Una visión sin precedentes de una comunidad jasídica.»

Minneapolis Star Tribune

GLOSARIO YIDDISH

En *Unorthodox* aparecen numerosos términos en yiddish, un idioma que hoy sólo habla medio millón de personas en todo el mundo. Ininteligible para los no hablantes, el yiddish es una amalgama de, entre otras lenguas, alemán, polaco, ruso y hebreo; a su vez, ha dejado huella en el inglés. La emisión de la serie de Netflix ha despertado el interés por la lengua y, a la vez, la ha colocado en la esfera pop. Éstas son algunas de las palabras más repetidas en el libro de Deborah Feldman.

Dérej éretz: conducta apropiada según los preceptos del Talmud.

Eiruv: los bordes que definen la «morada», donde puedes cargar cosas. Según la ley talmúdica, no se pueden cargar cosas fuera de la morada; por tanto, la idea del *eiruv* permite hacerlo dentro de los confines del espacio donde habitas. En Nueva York el *eiruv* es un alambre transparente que mide 30 kilómetros.

Ervá: cualquier parte del cuerpo femenino que deba cubrirse, empezando por la clavícula y terminando por las muñecas y las rodillas.

Eitrog: postre tradicional judío elaborado con huevo.

Kalá maidel: persona que forma a las mujeres que se van a casar sobre temas relativos a la reproducción y a los hábitos matrimoniales.

Kítel: prenda de algodón o lino blanca llevada por los hombres durante las fiestas judías.

Kólel: institución educativa en la que los hombres casados acuden a estudiar los textos sagrados judíos.

Mikvá: piscina pequeña en la que las mujeres judías realizan un ritual de limpieza tras la menstruación.

Kósher: alimentos que cumplen los preceptos de la ley judía.

Rosh Hashaná / Yom Kipur / Shavuós / Purim / Tu B'Shvat / Sucot / Pésaj: fiestas religiosas judías.

Shabos o sábat: día sagrado de la semana. Se observa desde el atardecer del viernes hasta la aparición de tres estrellas la noche del sábado. Según la Torá, se celebra, en primer lugar, mediante la abstención de cualquier clase de trabajo. Es un momento de celebración, espiritualidad y de reafirmación de la identidad judía.

Shiduj: proceso de búsqueda de pareja para un matrimonio concertado.

Shomer (pl. *shomrim*): encargados de la seguridad de la comunidad.

Yeshivá: escuela en la que se estudian los textos sagrados como la Torá, el Talmud y la Halajá. Es importante porque define a una comunidad: no es sólo la escuela, sino la vida alrededor de ella.

LISTA DE LECTURAS DE DEBORAH FELDMAN

Devoireh encuentra en la literatura el trampolín para huir de su comunidad. Sus lecturas, por supuesto clandestinas, comienzan siendo cuentos infantiles en inglés. A medida que va creciendo, son escritoras como Louisa May Alcott y Jane Austen las que van agi-tándola; también lee en yiddish, su lengua nativa. Estos son los libros que aparecen en las páginas de *Unorthodox*.

Ana de las Tejas Verdes, de Lucy Maud Montgomery
Serie de Harry Potter, de J. K. Rowling
James y el melocotón gigante, de Roald Dahl
Jane Eyre, de Charlotte Brontë
La Colina de Watership, de Richard Adams
Matilda, de Roald Dahl
Mujercitas, de Louisa May Alcott
Orgullo y prejuicio, de Jane Austen
Los elegidos, de Chaim Potok
El bosque mágico, de Lev Grossman
The Norton Anthology of Poetry, de Margaret Ferguson
The Romance Reader, de Abraham Pearl
Trilogía *La materia oscura*, de Philip Pullman: *Luces del norte* (1995), *La daga* (1997) y *El catalejo lacado* (2000).
Un árbol crece en Brooklyn, de Betty Smith

ALGUNAS DIFERENCIAS ENTRE EL LIBRO Y LA MINISERIE [ATENCIÓN, SPOILERS]

ESTY VERSUS DEBORAH

La protagonista de la serie se llama Esty, la del libro lleva el nombre real de la autora: Devoireh, que luego convertirá en Deborah.

NUEVA YORK VERSUS BERLÍN

El libro transcurre en Nueva York y la serie tiene lugar entre Nueva York y Berlín, donde Feldman reside en la actualidad. Feldman, al contrario que Esty, no se fue directa a la ciudad alemana cuando escapó de la comunidad. En la serie, Esty se compra sus primeros *jeans* en Alemania. En el libro, Deborah se va de compras en Manhattan.

MÚSICA VERSUS LITERATURA

En la serie de Netflix la música es su salvoconducto hacia la libertad. En la realidad, Feldman se refugió en la literatura. Esty quiere ser pianista y Deborah, escritora, y como primer paso decide empezar un blog anónimo titulado «Feminista jasidí», en el que lo primero que aborda es su lucha por consumir el matrimonio.

CLASES PARTICULARES VERSUS ESCUELA Y UNIVERSIDAD

La profesora de piano que aparece en la serie es la única figura docente que vemos. En realidad, Feldman asistió a la escuela jasídica y al instituto, y en verano iba a los campamentos de verano para la comunidad Satmar en las montañas de Catskill. Una vez casada, asiste a la universidad Sarah Lawrence.

HUIDA CON SU HIJO VERSUS HUIDA EN SOLEDAD

En la serie, Esty escapa sola a Berlín, ya embarazada. En realidad, Feldman lo hizo acompañada de su hijo de tres años.

DRAMA VERSUS *THRILLER*:

La serie tiene tintes de *thriller* (venta de joyas y pistola incluida); la autobiografía de Feldman es un drama con toques de costumbrismo judío.

